

PRIMERA PARTE



LA NIÑA DE PAPÁ

Prólogo

Se preguntaba si era posible —siquiera normal— llevar veinte años de su vida con alguien y, a veces, amar a esa persona más que a sí misma, pero en cambio otras, odiarlo de veras, tanto que incluso se le pasaba por la cabeza agarrar su nueva sartén de hierro fundido y atizarle con ella en la cabeza. O tal vez esos pensamientos eran simplemente el resultado de los aleatorios —pero no por ello menos temperamentales— arranques, típicos de la premenopausia. O quizás era el hecho de que el dichoso aire acondicionado, que había estado suplicándole que cambiara desde hacía dos veranos, no pudiese con el calor agobiante que desprendía una cocina con tres sartenes en el fuego y un asado de cerdo en el horno.

A él no parecía molestarle el calor mientras permanecía sentado justo enfrente de la cocina con el Times en las manos, los pies sobre un taburete y un vaso de merlot a su lado encima de la mesa. Se había ofrecido a ayudar, eso era verdad. Pero con esa manera suya de ofrecerse que en realidad no ofrecía nada: «¿Necesitas que te ayude?» (sin levantar la vista de la página de deportes); no «¿Qué puedo hacer?» (mientras se remangaba la camisa) o «Tú siéntate un rato, que ya pico yo los ajos» (al tiempo que le servía un vaso de vino). Eso era lo que ella consideraba verdaderos ofrecimientos de ayuda: quería que le insistiera, sobre todo porque él sabía de sobra que ella nunca sería capaz de sentarse a leer el periódico con un vaso de vino en la mano mientras él trabajaba como una mula cocinando para unos amigos (amigos de él, por cierto), independientemente de si en un primer momento rechazaba su oferta de ayudar.

Miró al reloj y notó que empezaba a estresarse: sólo faltaba una hora para que llegaran los invitados y ni se había duchado todavía.

Dejó escapar un suspiro y lanzó una sartén al fregadero con fuerza, haciendo que su marido levantara la vista del periódico.

—¿Todo bien? —preguntó Allen al tiempo que se levantaba.

—No —dijo ella en tono contrariado—, aquí hace un calor horroso y tengo que darme una ducha.

—Bueno, bueno —contestó él acercándose y quitándole la espu-madera de la mano para luego rodearle la cintura con los brazos y dedicar-le una sonrisa, esa tan característica suya, pícara e irresistible, la que siempre la hacía sonreír a ella también por muy enfadada que estuviera—. Tómatelo con calma —añadió besándole el cuello; ella se echó hacia atrás un momento, como para hacerse la interesante, pero no tardó mucho en derretirse entre sus brazos—. Si necesitas ayuda, ¿por qué no la pides? —le susurró Allen al oído haciendo que se le pusiera la piel de gallina en el cuello.

—Es que simplemente deberías saberlo —contestó, todavía enfurruñada.

—Tienes razón —dijo él hablándole al espacio entre su garganta y su clavícula—, lo siento. ¿Qué quieres que haga?

—Pues —respondió sintiéndose de repente como una tonta—, supongo que ya está casi todo hecho.

Él se apartó, cogió una copa de la alacena y le sirvió un vino.

—A ver qué te parece esto: tú vas a darte una ducha y yo me voy poniendo a fregar todas estas sartenes.

Ella aceptó la copa que le ofrecía y lo besó en los labios. Después de veinte años, todavía le encantaba su sabor (siempre y cuando no se estuviera imaginando que le daba un sartenazo); miró alrededor de su apartamento del West Village, la mayor parte del cual podía verse por encima de la barra americana que separaba la cocina de la zona que hacía de comedor y cuarto de estar. Era pequeño y estaba abarrotado con un sinfín de objetos, libros y fotos que habían ido acumulando durante su vida juntos. El sofá y la otomana a juego, viejos y desgastados por el uso pero de buena calidad, resultaban tan acogedores como un abrazo. La mesa de café era una vieja puerta que habían encontrado en una tienda de antigüedades en New Hope, Pensilvania. El televi-

sor, prehistórico al igual que el aire acondicionado, estaba pidiendo la jubilación a gritos. Su dormitorio era tan pequeño que apenas había espacio para la cama de matrimonio y las dos mesitas de noche sobre las que se apilaban sendos montones de libros. Podrían haberse pagado algo mejor, más grande... tal vez en Brooklyn o a las afueras, en Hoboken. Pero no había quien los sacara de Manhattan, no podrían soportar estar separados del centro por un puente o un túnel. Tal vez era una tontería, pero entre eso y que sólo pagaban seiscientos dólares al mes —y así había sido desde 1970, porque el alquiler había pasado a Allen cuando su hermano se mudó a una preciosa antigua cochera rehabilitada en Park Slope—, al final se habían quedado. Los hijos que habían esperado tener nunca llegaron, así que nunca habían sentido la necesidad de vivir en un sitio más grande. Sólo que, últimamente, habían empezado a aparecer los problemas.

El nuevo casero sabía que podría estar cobrando dos o tres mil dólares al mes por aquel apartamento, así que no se daba ninguna prisa en arreglar las averías, con la esperanza de que al final se cansaran y se marchasen. Y en un apartamento viejo en un edificio también viejo como aquél, siempre había algo estropeado, un fusible que no iba, una fuga de algún tipo...

Últimamente habían hablado más del tema, pero los precios en el centro eran prohibitivos. Habían llevado una existencia en la que vivir experiencias nuevas y viajar siempre había sido más importante que el estatus que dan un buen apartamento o un televisor de pantalla de plasma y, pese a que les había ido bien —ella había sido periodista de sucesos para varios periódicos de la ciudad hasta acabar en el Times y él era fotógrafo publicitario—, habían tenido que elegir: vivir bien, viajar bien y ahorrar para la jubilación sacrificando la cuestión de la vivienda. Nunca había resultado una elección difícil: habían visto mundo, seguían siendo exploradores de corazón y, a sus cincuenta y pocos, podían trabajar otros diez años más y luego dedicarse a otras cosas; pero no tenían casa propia.

Ella estaba pensando en todo esto bajo la ducha y llegó a la conclusión de que lo habían hecho bien. Por suerte, el calentador del

agua funcionaba aquel día. Ella y Rick, los amigos de la universidad de Allen, llegarían con una botella de vino de cien dólares en la mano; Ella llevaría puesto algo tremendamente chic y caro, y Rick hablaría de su nuevo juguete, lo que fuese que resultara ser. No eran unos esnobs, al contrario, no presumían de nada y eran muy cariñosos, pero también eran ricos y se les notaba —y mucho—: su riqueza exigía que se le prestara atención, suplicaba que se hicieran comparaciones y, eso, cuando no se sentía bien consigo misma, la molestaba de un modo en que no debería. Allen no lo habría entendido; su mente no razonaba de aquel modo: él disfrutaba del éxito de sus amigos, de sus juguetes y sus casas de vacaciones tanto como si hubieran sido suyos. Allen no creía en las comparaciones.

En esos pensamientos ocupaba la mente mientras se aclaraba el suavizante. En algún lugar del apartamento, o tal vez en el de arriba o en el de abajo, se oyó un golpe fuerte, lo suficiente como para que se sobresaltara. Podía ser el calentador; o igual venía de otro piso. Se limitó a rezar para que no fueran sus invitados que llegaban pronto, o el casero con intención de terminar la pelea que habían tenido con él ese mismo día sobre la tremenda gotera que salía en el techo del baño cuando se duchaban los de arriba. Al final, lo habían amenazado con empezar a depositar el alquiler en una cuenta bloqueada hasta que no lo arreglase de una vez. La conversación había llegado a un punto en que el casero se puso a hablar en su lengua materna —algo de Europa del Este con sonidos duros y guturales—, chillándoles palabras ininteligibles. Ellos le habían dado con la puerta en las narices y él se había marchado escaleras abajo a grandes zancadas mientras seguía gritando.

—Estos europeos del Este tienen mucho genio, ¿no crees? —había comentado Allen imperturbable.

—Igual ha llegado el momento. Los tipos de interés están bajos y tenemos dinero para dar una entrada bastante buena. Jack ya lleva tiempo diciéndonos que tenemos que invertir en inmuebles si queremos tener una jubilación verdaderamente holgada —dijo ella refiriéndose al gestor que les llevaba las cuentas.

—Ya, pero los costes de mantenimiento... Y además, ¿quién dice que los precios no bajarán en los próximos diez años? —contestó él para luego hacer una pausa y negar con la cabeza—. No podríamos permitirnos comprar algo en el centro.

Ella se había encogido de hombros y no había insistido: era una conversación que ya habían tenido varias veces sin que ninguno de los dos mostrara demasiado interés realmente, así que lo había dejado estar y se había marchado al mercado de Union Square para comprar los ingredientes de la cena; y cuando iba de vuelta a casa, se había cruzado con el casero en la calle: trató de sonreírle, pero él había pasado de largo chillando por el teléfono en aquel idioma gutural.

Salió de la ducha, se envolvió el cuerpo con una toalla y su larga melena pelirroja con otra, y se cepilló los dientes. Podía oír el estéreo en el cuarto de estar y pensó que estaba más alto de lo que solía gustarle a su marido pero, para su gran alivio, no se oían voces: ni el menor indicio de invitados que llegan pronto ni caseros gritones. Se sentía mejor después de la ducha y se sonrió a sí misma en el espejo mientras pensaba que todavía resultaba guapa con sus grandes ojos verdes y su piel ligeramente cubierta de pecas, que aún parecía relativamente joven si no te fijabas en las arrugas —de sonreír— que le habían salido en los ojos y en las comisuras de los labios.

Se puso a tararear la melodía pegadiza de la radio, una canción de una de esas superestrellas para quinceañeras, y pensó que era raro que Allen hubiera puesto la radio en vez de un CD de Mozart o Chopin que estaban más en línea con sus gustos. Pero por otra parte, también era verdad que a veces Allen intentaba ser «guay», sobre todo cuando venía Rick, porque Rick era guay —o por lo menos eso creía él—, y ella no quería decirles a ninguno de los dos que cualquiera que usase la palabra «guay» con la poca naturalidad con que la usaban ellos, seguramente no lo era; así que se limitaba a compartir con Ella una sonrisa de complicidad cuando Rick y Allen se las daban de estar a la última en tendencias.

Aquel golpe de nuevo. Pero esta vez sonó más como algo grande cayendo al suelo y parecía venir del cuarto de estar. Abrió la puerta del

baño y llamó a su marido. No hubo respuesta y, una vez abierta la puerta, le pareció que la música estaba muy alta y se dirigió hacia la cocina. El corazón empezó a latirle más deprisa cuando lo llamó por segunda vez.

Vio que había algo en el suelo: ¿un guante? No, una mano; la mano de su marido en el suelo. Entonces fue como si todo empezara a ir a cámara lenta. Lo primero que pensó al rodear la barra y verlo caído en el suelo fue: ¡ataque al corazón! Se arrodilló a su lado y él parpadeó al tiempo que intentaba decir algo.

—Allen, no pasa nada, cariño —dijo ella, sorprendida de lo calmada que estaba, de lo segura y firme que sonaba su propia voz—. Llamaré a una ambulancia. Aguanta, cielo, no te preocupes.

Con un aplomo sorprendente, se dijo a sí misma que todo iría bien: hoy en día la gente sobrevivía a los ataques al corazón y él se había estado tomando su aspirina diaria; lo incorporaría y le daría una mientras esperaban a la ambulancia.

Pero entonces vio el charco de sangre y el terror en los ojos de Allen, y después vio a los hombres junto a la puerta.

Iban completamente de negro; uno tenía una pistola en la mano, el otro una imponente sierra ensangrentada. Los dos llevaban pasamontañas. Le cerraron el paso cuando trató de ir al teléfono.

—¿Qué quieren? —preguntó sintiendo que la calma la abandonaba—. Pueden llevarse lo que quieran. —Miró a su alrededor y se dio cuenta de que realmente no tenían nada de valor; hasta su alianza no era más que un simple aro de oro; había veinte dólares en su cartera y seguramente en la de Allen incluso menos. Notó algo húmedo y cálido en los pies, y cayó en la cuenta de que la sangre que salía del cuerpo de su marido había llegado hasta donde estaba. Él parecía muy pálido y tenía los ojos cerrados.

—No se mueva —dijo uno de los hombres, no sabía bien cuál. Toda aquella situación le parecía estar envuelta en una especie de neblina que la hacía irreal. Su mente se esforzaba por procesar lo que estaba ocurriendo—. No diga una sola palabra.

Uno de ellos se le acercó rápidamente y, antes de que pudiera

defenderse, la agarró por la muñeca y le dio la vuelta tapándole la cabeza con una capucha negra que le ató al cuello con fuerza. Ella simplemente no podía creerlo. Y entonces sintió un dolor desconcertante en la nuca y vio un millón de estrellas desfilando ante sus ojos. Después, nada.

1

Estoy corriendo pero ya no puedo más. El dolor del costado me hace cojear, me arden los pulmones. No puedo oír sus pisadas, pero sé que no está lejos, ahora sé que, de un modo u otro, ha estado junto a mí toda la vida. Yo soy la luz; él es las tinieblas. Hemos convivido sin encontrarnos. Si yo hubiera sido buena chica, la chica que me educaron para que fuera, nunca lo habría conocido. Pero ya es demasiado tarde para lamentarse.

Estoy en Hart Island, en el Bronx, en un lugar llamado Potter's Field, «el campo del alfarero»; en esta isla se encuentra el cementerio de la ciudad para indigentes y personas sin identificar, un lugar tenebroso y escalofriante. El cómo hemos acabado todos aquí es una larga historia, una que sin embargo sé que terminará aquí; tal vez para algunos, tal vez para todos nosotros. Un edificio alto que parece a punto de derrumbarse se cierne sobre mí. Es la noche más oscura que jamás he visto, y en más de un sentido. El delgado filo curvo de la media luna se esconde tras las espesas nubes. No se ve nada, pero lo observo desaparecer por una puerta torcida y prácticamente desencajada de los goznes. Lo sigo.

—¡Ridley! —la voz viene de detrás pero no contesto, sigo hasta que estoy de pie ante la entrada del edificio y entonces dudo, me quedo mirando a la construcción derruida y destartalada, preguntándome si es demasiado tarde para dar la vuelta.

Y entonces lo veo, delante de mí, a lo lejos. Lo llamo pero no responde, simplemente se vuelve y comienza a alejarse lentamente. Si valorara en algo mi vida y mi cordura, lo dejaría marcharse y confiaría en que él hiciera lo mismo conmigo. Las cosas podrían volver a ser como antes: él, viviendo en un mundo que yo jamás supe ni que existía; yo, siguiendo con mi vida normal y corriente,

escribiendo mis artículos, yendo al cine, saliendo a tomar algo con los amigos...

El miedo y la rabia me atenazan el pecho. El odio tiene sabor y textura, me quema la garganta como si fuera bilis. Por un instante, oigo en mi cabeza la voz de alguien que amaba: «Ridley, puedes soltar el odio como si fuera un lastre y alejarte. Tan sólo es una decisión. Los dos podemos hacerlo. No necesitamos todas las respuestas para seguir con nuestras vidas. No tiene por qué ser así».

Unos minutos después ya se había ido.

Ahora sé que esas palabras no eran más que mentiras: el odio no es tan fácil de soltar como un simple lastre; alejarse no es una de mis opciones. Tal vez nunca lo fue, tal vez llevo toda la vida en mitad de la vía por la que pasa este tren que está a punto de arrollarme, atada a los raíles, demasiado débil o demasiado loca o demasiado testaruda como para tratar de salvarme siquiera.

Al entrar en el edificio pienso que tal vez oiga el ruido del motor de una lancha. Siento una vaga sensación de esperanza y me pregunto si la ayuda estará en camino. Oigo mi nombre otra vez y miro hacia atrás encontrándome con un hombre que se ha convertido en mi único amigo avanzando con paso vacilante hacia mí. Está herido y sé que tardará un rato en llegar hasta donde estoy. Durante un instante, pienso que debería ir a donde está y ayudarlo, pero oigo ruidos dentro y el crujir de la inestable estructura del edificio; mi respiración se acelera y es cada vez más irregular. Avanzo hacia el interior.

—¡Deja de correr, cobarde! —le grito a la terrible oscuridad. Mi voz retumba en el inmenso espacio vacío—. Deja que te vea la cara.

Oigo mi propio eco en los muros que me rodean. No sueno como si estuviera aterrorizada y con el corazón roto, aunque así es como me siento, sino fuerte y decidida. Saco la pistola de la cintura de mis vaqueros. El metal está caliente por el contacto con la piel; tiene un tacto sólido que me hace sentir que estoy en mi derecho. Ésta es la segunda vez en mi vida que he empuñado un arma con intención de usarla. Me gusta igual de poco que en la primera

ocasión pero ahora tengo más confianza, sé que puedo disparar si no tengo más remedio.

Él sale de entre las sombras, parece moverse silenciosamente, deslizándose como el fantasma que es. Yo doy un paso adelante y me paro; levanto el arma. Sigo sin poder verle la cara. A medida que la luna se asoma entre las nubes, empieza a colarse una pálida luz a través de los agujeros del techo. Surgen las siluetas en medio de la oscuridad. Él empieza a moverse hacia mí, despacio. Yo permanezco donde estoy, pero empieza a temblarme la mano con la que empuño el arma.

—Ridley, no lo hagas. No podrías vivir con esa carga.

Oigo la voz a mis espaldas y me doy la vuelta para encontrarme con alguien que no esperaba ver de nuevo.

—Esto no es asunto tuyo —grito y me vuelvo hacia el hombre que he estado persiguiendo.

—Ridley, no seas imbécil, baja el arma. —Esa voz detrás de mí suena desesperada, se quiebra por la emoción—. Sabes que no puedo dejar que lo mates.

El ritmo de mi corazón reacciona al notar el miedo en su voz. *Pero ¿qué estoy haciendo?* La adrenalina hace que se me seque la boca y sienta un hormiguelo en la nuca. No puedo disparar, pero tampoco soy capaz de bajar el arma. Siento el deseo de gritar de miedo y de rabia, de frustración y desconcierto, pero el grito queda atrapado en mi garganta.

Cuando por fin está lo suficientemente cerca como para verlo, le miro a la cara, y es alguien que no reconozco en absoluto. Dejo escapar un grito ahogado al contemplar la amplia sonrisa cruel que se dibuja en su semblante. Y entonces lo entiendo: es el hombre que dicen.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo al tiempo que bajo el arma—. ¡Oh, no!

2

Seguro que pensaron ustedes que ya no sabrían más de mí. Puede que por lo menos confiaran en que ya había tenido mi ración de drama para toda la vida y que ya no habría más sorpresas en mi camino, que las cosas irían más o menos como la seda a partir de ahora. Créanme, yo también lo creí. Todos nos equivocamos.

Hace aproximadamente un año, toda una serie de decisiones, aparentemente insignificantes, hicieron que mi vida y la de un niño llamado Justin Wheeler se cruzaran. Una mañana fresca de otoño, yo estaba en la acera al otro lado de la calle en el preciso instante en que él se cruzaba en el camino de una furgoneta que se acercaba a toda velocidad. Sin pensarlo dos veces, me abalancé hacia él, lo agarré y conseguí que ambos esquiváramos un vehículo que sin duda lo habría matado... y tal vez a mí también si hubiera llegado a la acera treinta segundos antes, o treinta segundos después. En cualquier caso, ese podría haber sido el final de la historia: un acto heroico que sólo Justin Wheeler, su familia y yo recordaríamos. Pero el caso es que había un fotógrafo del *Post* en la esquina, que hizo fotos de todo. La instantánea (una fotografía en movimiento bastante buena por cierto, si se me permite decirlo) desencadenó otra serie de acontecimientos que me acabarían obligando a cuestionarme prácticamente todos los aspectos de mi hasta la fecha perfecta vida y, además, al final acabarían evolucionando del modo más horrible.

Lo gracioso fue —incluso después de que mi vida entera se desintegrara a mi alrededor, incluso después de que todo lo que creía que me definía resultara ser una mentira—, que yo seguía siendo yo: todavía tenía fuerzas para continuar avanzando hacia lo desconocido. Todo un descubrimiento sobre mí misma.

Quizá pudiera haber parecido que todo se hundía en torno a mí, pero Ridley Jones había salido a flote entre los vestigios del naufragio. Y pese a que hubo momentos en que no lo creí posible, mi vida volvió a algo parecido a la normalidad. Al menos durante un tiempo.

Si no saben ustedes lo que me pasó y cómo acabó todo, podrían retroceder ahora y enterarse. No estoy diciendo que, si no lo hacen, lo que sigue no vaya a tener sentido para ustedes ni que no vayan a sacar nada de la experiencia de unirse a mí ahora, en este nuevo capítulo de mi «vida loca». Lo que quiero decir es que va a ser algo parecido a acostarse con alguien sin saber su nombre. Pero igual es así como les gusta a ustedes. Quizá quieran emprender viaje conmigo e ir atando cabos por el camino, como ocurre en cualquier relación nueva, supongo. En cualquier caso, la decisión es suya. La decisión siempre es suya.

Bueno, pues entonces vamos allá.

Soy la última persona que queda sobre la faz de la Tierra sin cámara de fotos digital: no me gustan, me dan la impresión de ser demasiado frágiles, de que si se mojan con la lluvia o le das al botón que no es por descuido podrías borrar todos tus recuerdos. Así sigo con la tradicional Minolta de 35mm que tengo desde los tiempos de la universidad, y llevo los carretes a revelar al mismo sitio de la Segunda Avenida al que he estado yendo durante años.

Tuve un amigo que creía que había algo inherentemente malo en el hecho de hacer fotos; decía que la memoria era mágica debido a su subjetividad y que las fotografías en cambio eran el crudo resultado directo de nuestro deseo de controlarlo todo, de aferrarnos a momentos que debíamos dejar escapar, como cada exhalación. Tal vez tenía razón. Ya no somos amigos y no tengo ninguna foto de él, sólo el recuerdo que resurge cada vez que voy a recoger unas fotos. Y entonces pienso en cómo le gustaba cantar y tocar la guitarra después de hacer el amor (y lo verdaderamente mal que se le daba: lo de tocar la guitarra y cantar, y lo de hacer el amor también), y en que la vista de Washington Square Park que se veía des-

de su ventana me parecía tan romántica que estuve aguantando el resto durante más tiempo del que lo hubiera hecho de no haber sido por ese detalle. Mis recuerdos de él son orgánicos y tridimensionales, imágenes que solamente existen para mí, y la verdad es que eso me resulta agradable de alguna manera.

Así que estaba pensando en todo esto en el momento en que atravesé la puerta de F-Stop para recoger unas fotos que ya estaban listas. Un dependiente que no había visto antes me miró con estudiada indiferencia por entre el caos de mechones de pelo negro que le tapaba los ojos perfilados con rímel.

—¿En qué puedo ayudarla? —me preguntó sin vocalizar pero con tono solemne al tiempo que dejaba el libro de bolsillo abierto sobre el mostrador que tenía delante, y yo reparaba en el destello de un pirsin en su lengua al verlo hablar.

—Vengo a recoger unas fotos. Mi apellido es Jones.

Me miró de una forma rara, como si pensara que era un nombre inventado. (Un inciso sobre la ciudad de Nueva York: aquí, si tienes un nombre común y corriente la gente sospecha, mientras que si es algo que sonaría raro o inventado en cualquier otro lugar del mundo, por ejemplo Ruby Decal X o Yerónimus, en el East Village no se arquearía una sola ceja.)

El dependiente desapareció tras una pared divisoria y me pareció oír voces mientras me entretenía mirando las artísticas fotos en blanco y negro que decoraban la pared. Al poco rato volvió con tres sobres abultados en las manos y los dejó sobre el mostrador que nos separaba. No dijo nada mientras marcaba el precio en la caja registradora; le pagué y él metió los sobres en una bolsa de plástico.

—Gracias —dije cogiendo la bolsa que me ofrecía.

Él se sentó sin pronunciar una palabra más y volvió a su libro. Por alguna razón, me volví al llegar a la puerta y lo pillé mirándome fijamente de un modo extraño, pero apartó la mirada enseguida.

Me detuve en la esquina de la Segunda Avenida con la Calle 8. Mi intención había sido pasar por el estudio para traerle las fotos a

Jake. Eran las que habíamos hecho durante los últimos meses: un fin de semana largo en París en el que habíamos intentado —sin éxito— conectar de nuevo; una tarde en Central Park en que él estuvo haciendo el tonto en la inmensa extensión de césped, el Great Lawn, y parecía haber esperanza; un día horrible plagado de largos silencios incómodos, ráfagas de conversación y disgusto mal disimulado, que pasamos con mis padres en el Jardín Botánico de Brooklyn. Pero ante la posibilidad real de tener que enfrentarme a Jake, me paré en seco y me puse a dar vueltas por la esquina sin levantar los ojos de la acera.

No quiero decir que mi mundo se haya vuelto un lugar oscuro ni que mi vida sea gris. Eso suena demasiado melodramático, demasiado parecido a la autocompasión. Pero supongo que tampoco es exagerar demasiado. La última vez que supieron ustedes de mí yo estaba recomponiendo los pedazos de mi vida rota. Creo que lo dejamos con una puerta abierta a la esperanza, pero no ha sido nada fácil. Y como ocurre con cualquier convalecencia prolongada ha habido más momentos bajos que altos.

En lo que al último mes se refiere, Jake se ha marchado del apartamento que compartíamos en Park Avenue South y ahora vive semipermanentemente en su estudio de la Avenida A. Jake, lejos de hacer las paces con su pasado y asumir lo que ha descubierto, ha acabado por obsesionarse con Proyecto Rescate y el papel de Max en todo aquello.

Cuando digo Max me refiero a Maxwell Smiley, mi tío que no era realmente mi tío sino el mejor amigo de mi padre. Él y yo tuvimos una conexión especial toda la vida; y el año pasado me enteré de que en realidad era mi padre biológico. Ahora estoy tratando de darle un papel nuevo en mi vida como padre fallido en vez de tío adorado.

Proyecto Rescate es una organización que fundó Max, que también fue víctima de abusos cuando era niño, para impulsar la aprobación de la ley de Protección de Recién Nacidos abandonados en el Estado de Nueva York, de eso hace unos años. Esa ley

hace posible que madres asustadas abandonen a sus bebés en lugares específicos como hospitales o comisarías donde no hacen preguntas, donde no hay peligro de acabar ante el juez. Yo descubrí el año pasado que esa organización tenía su lado oscuro: ciertos médicos y enfermeras cooperaban en secreto identificando a niños que, a su juicio, podrían estar siendo víctimas de abusos y cuyos hogares por tanto no eran lugar seguro. Gracias a la participación del crimen organizado, algunos de esos niños fueron raptados y vendidos a parejas adineradas. En cierto modo, yo también fui una niña de Proyecto Rescate, aunque mi historia es mucho más complicada. Jake es un niño de Proyecto Rescate para quien las cosas salieron terriblemente mal.

Últimamente, Jake ha abandonado su arte. Y por más que él y yo no hayamos roto oficialmente, yo me he convertido en el fantasma de la relación, me comporto como un fenómeno paranormal: tiro cosas, hago ruidos para que se dé cuenta de que existo.

Esto me recuerda a algo que mi madre, Grace, dijo una vez sobre Max: «Un hombre así, tan roto y vacío por dentro, no puede amar de verdad. Por lo menos él es lo suficientemente listo como para darse cuenta». Dicen que todos nos enamoramos de nuestros padres una y otra vez en un triste intento de resolver nuestra relación con ellos. ¿Es posible que yo estuviera haciendo eso incluso antes de saber quién era realmente mi padre?

—Señorita Jones. Ridley Jones —dijo la voz a mi espalda y sentí que se me helaba la sangre porque, durante todo el año pasado, mi club de fans ha ido creciendo pese a mis denodados esfuerzos por mantenerme alejada de todo lo que no estuviera estrictamente relacionado con el asesinato de Christian Luna y la investigación de Proyecto Rescate.

Christian Luna era el hombre que comenzó todo esto: después de ver unas imágenes en la CNN sobre mi heroica acción, me reconoció como Jessie Stone, hija de Teresa Stone, una niñita que él creía era su hija también. Luna se había estado escondiendo durante treinta años, desde la noche en que Teresa Stone fue asesina-

da y raptaron a Jessie, convencido de que le acusarían a él porque tenía un historial de violencia doméstica. Yo lo vi morir de un disparo en la cabeza mientras estaba sentada junto a él en un banco de un parque en el Bronx. Al final resultó que no era mi padre.

De todos modos, gracias a los millones de artículos y reportajes especiales de las revistas en los que ha aparecido la famosa foto del *Post* que fue el desencadenante de todo, me he convertido en la imagen que todo el mundo asocia con una organización que ha cambiado miles de vidas, y no necesariamente para bien. Me llaman. Me escriben. Los otros niños de Proyecto Rescate. Me paran por la calle. Me han alabado, abrazado, agredido y escupido. Los hay que están agradecidos. Los hay que están furiosos. Se me acercan personas en varias fases de su propio proceso de duelo, horror, incredulidad e ira. En cada uno de ellos veo un triste reflejo de mi propio camino hacia la curación.

Ignoré a la persona que estaba detrás de mí. No respondí ni me di la vuelta. Me he dado cuenta de que si no respondo cuando me llaman por la calle, a veces la gente se va, les entran dudas de si soy yo. Érase una vez el tiempo en que la gente sólo pronunciaba mi nombre con amor o para preguntarme algo, y yo respondía de buena gana con una sonrisa en los labios. Esos días pertenecen al pasado.

—Señorita Jones.

La voz estaba teñida de cierta autoridad que casi hizo que me diera la vuelta. Siempre he sido buena chica y he respondido como se debe a las órdenes. Pero en esa ocasión me alejé hacia el estudio de Jake. Oí que los pasos a mi espalda se aceleraban, lo que hizo que también yo apretara el paso; y entonces noté una mano fuerte sobre mi hombro. Me volví, enfadada y dispuesta a pelear. De pie ante mí, había dos hombres elegantes vestidos de traje.

—Señorita Jones, necesitamos hablar con usted un momento.

El rostro de uno de aquellos hombres era adusto pero no mostraba enfado ni emoción de ningún tipo. Y eso me calmó. Sus ojos eran de un peculiar color gris, como el de las nubes de tormenta;

sus cabellos, alborotados y negros como el azabache. Era alto, casi me sacaba dos palmos, y de hombros anchos. Tenía un aire frío y distante, pero también había en él cierta amabilidad. El hombre que le acompañaba no dijo nada.

—¿Qué quiere?

Sacó una billetera delgada del bolsillo interior de su chaqueta, la abrió y me la entregó.

Agente especial Dylan Grace. FBI.

Todos mis temores se disiparon dejando paso al enojo. Le devolví la identificación.

—Agente Grace, no tengo nada más que decir al FBI. Ya les he dicho todo lo que sabía sobre Proyecto Rescate. De verdad que no tengo nada más que contarles.

Debió de notar algo en mi voz, o en mi cara, porque su expresión pareció dulcificarse un poco.

—No se trata de Proyecto Rescate, señorita Jones.

Su compañero fue hasta un sedán negro y abrió la puerta trasera del lado del copiloto. Hacía fresco y el cielo tenía un opresivo color gris plomizo. La gente se daba la vuelta para mirarnos pero seguía caminando. Pasaron a nuestro lado unos pandilleros en un Mustang retocado con la música a tope y los graves retumbando como el latido de un corazón.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De Maxwell Smiley.

El corazón me dio un vuelco.

—Tampoco tengo nada más que decir sobre él. Está muerto.

—¿Le importaría dejarme las fotografías que lleva en esa bolsa, señorita Jones?

—¿Cómo?

¿Cómo sabía lo de las fotos y para qué podría querer aquellas fotos de mi casi ex novio y mi familia, con la que apenas mantenía contacto?

Sacó un papel del bolsillo interior de su chaqueta y me sorprendí a mí misma preguntándome qué más tenía allí dentro: ¿una

baraja, un conejito blanco, una ristra interminable de pañuelos de colores?

—Tengo una orden, señorita Jones.

Ni miré el papel, simplemente metí la mano en el bolso y le di la bolsa de F-Shop. La cogió y se dirigió hacia el coche. Yo hice lo mismo y me metí dentro sin decir nada más. Para entonces ya tenía suficiente experiencia con el FBI como para saber que, al final, siempre consiguen lo que quieren; si es por las buenas o por las malas, eso ya depende de uno.

Me llevaron a un edificio cerca del cuartel general del FBI y después de quedarse con mi bolso me dejaron sentada en una habitación semivacía donde sólo había una mesa de madera de imitación con patas de metal y dos sillas increíblemente incómodas. Las paredes estaban pintadas de un gris deprimente y el parpadeo del neón fluorescente del techo resultaba muy molesto.

Yo sabía que lo hacían por un motivo: te dejan sentado en una habitación inhóspita, sólo con tus pensamientos, sin reloj en la pared y sin nada que te distraiga porque quieren que pienses: en por qué estás allí, en lo que sabes o lo que has hecho; quieren que te preguntes qué saben ellos, que tú solito te acabes poniendo hecho un manojo de nervios, de tal modo que para cuando por fin vuelvan estés deseando confesar.

Pero, por descontado, eso sólo funciona si eres culpable o si estás ocultando algo. Yo, sinceramente no tenía ni idea de por qué querían hablar conmigo, así que simplemente estaba cada vez más aburrida y enojada. Y cansada. Aquel encuentro —y tal vez mi vida en general— me agotaba. Me levanté de la silla y caminé en círculos por la habitación, cada vez más inquieta. Al final acabé por apoyar la espalda contra la pared y me deslicé hasta quedar sentada en el suelo.

Últimamente, había tratado de no pensar en Max, aunque a veces me parecía como si cuanto más intentara deshacerme de su re-

cuerdo más me atormentase éste. Me acerqué las rodillas al pecho y me las agarré con los brazos, escondiendo la cara en la articulación del codo para escapar de aquella luz desagradable. Solía hacer lo mismo cuando era pequeña y estaba disgustada o cansada, así era como me batía en retirada hasta mi refugio. Y si no funcionaba, entonces me escondía.

No estoy segura de cómo empezó todo; lo de esconderme. Pero sí recuerdo que me gustaba deslizarme hasta un sitio oscuro y tumbarme sigilosamente a escuchar el caos que desataba el que todos se pusieran a buscarme. A mis padres no les parecía divertido, pero, para mí, la excitación de oírlos ir de un lado para otro buscando debajo de las camas y dentro de los armarios era de lo más emocionante. Era un juego en el que siempre ganaba yo, simplemente por la reacción que provocaba. Nunca se me ocurrió que tal vez con ello conseguía que alguien se preocupara o enfadara. Yo era demasiado pequeña para que se me pasaran por la cabeza esas cosas. Lo que pasaba era que, simplemente, cada vez se me daba mejor encontrar escondites y al final tenía que salir yo o no me habrían encontrado nunca, y eso también tenía algo de maravilloso.

En algún momento, llegué a la conclusión de que ya no había más sitios para esconderse en la casa. Todos mis escondrijos secretos habían sido descubiertos por mis padres o mi hermano Ace o mi tío Max. Éste último era el as en la manga, la persona a quien llamaban cuando nadie más había sido capaz de encontrarme, y entonces él venía y decía algo así como: «Mira dentro del armario del cuarto de invitados» o «Echa un vistazo en la trampilla que va de su armario al desván». De alguna manera, siempre se las ingeniaba para saber dónde encontrarme, y cuando mis padres se dieron cuenta de su talento, el juego empezó a ser demasiado fácil: sus reacciones ya no eran tan divertidas y la cosa perdió emoción, así que yo tenía que doblar las apuestas.

No sé cuántos años tenía: unos siete, seis quizá, demasiado pequeña para ir sola al bosque que había detrás de mi casa sin que Ace viniera conmigo. Eso lo tenía claro. No era más que una

delgada franja de árboles de un par de kilómetros de largo que rodeaba el terreno del vecino y separaba el nuestro del jardín de la casa de detrás; recuerdo que tenía un riachuelo que pasaba por debajo de un puentecito de piedra.

Esa arboleda era lo bastante estrecha como para que los padres de los niños del barrio los dejaran jugar allí sin demasiada vigilancia: si te adentrabas demasiado acababas en el jardín del vecino. Pero se suponía que yo no tenía permiso para ir sola, así que, por supuesto, era el sitio perfecto para esconderme.

Era una calurosa tarde de verano; salí de casa por la puerta de atrás y me adentré en el bosque. Habíamos construido un pequeño fuerte en medio de la espesura, así que me deslicé en el interior de nuestra precaria cabaña: dentro todo era penumbra y hacía calor. Estaba muy satisfecha conmigo misma. Después de permanecer echada allí un buen rato contemplando las hojas que suspiraban mecidas por un suave viento a través del ventanuco torcido, me quedé dormida. Cuando desperté el cielo estaba de color púrpura: casi había anochecido. Era la primera vez en mi vida que estaba verdaderamente asustada. Miré por la «ventana» del fuerte y tuve la sensación de que ese bosque que normalmente me encantaba se había llenado de monstruos y brujas y los árboles parecían sonreírme maliciosamente; empecé a llorar acurrucándome hasta quedar hecha un ovillo.

No creo que permaneciera así mucho rato antes de oír que alguien se movía entre la maleza.

—¿Ridley? ¿Estás ahí, cielo?

Ya era lo suficientemente mayor como para detectar la preocupación en aquella voz, pero mi corazón se llenó de alivio y me puse a llorar con más fuerza hasta que vi el rostro de mi tío Max asomar por la puertucha de la cabaña: no cabía dentro.

—Ridley, estás ahí —dijo sentándose trabajosamente en el suelo. Vi que estaba sudando: quizá debido a la humedad, quizás al miedo; quizás a las dos cosas. Se sujetó la cara entre las manos—. Nena —dijo a través de los dedos—, tienes que dejar de hacer es-

tas cosas, si no a tu tío Max le va a dar un ataque al corazón. Tus padres estaban a punto de llamar a la policía. —Alzó la cabeza y gritó a la oscuridad—: ¡La encontré!

Yo salí a gatas de mi escondite y me acurruqué en su regazo; dejé que me rodeara con sus enormes brazos apretándome contra su vientre mullido. Estaba cubierto de sudor, pero no me importó. Veía el resplandor de las luces de mi casa a través de los árboles y oía las voces de mis padres acercándose.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté.

Él lanzó un suspiro y tomó mi cara entre sus manos.

—Ridley, hay una cadenita de oro que va de mi corazón al tuyo. —Se dio una suave palmada en el pecho, luego en el mío—. ¡Créeme, yo siempre te encontraré!

Jamás puse en duda que tenía razón. Y nunca más volví a esconderme de mis pobres padres.

Saqué la cara del hueco de la articulación del codo y entorné los ojos hasta casi cerrarlos para protegerme de la cegadora luz blanca de la sala de interrogatorios. Luego los cerré del todo otra vez y apoyé la cabeza contra la fría pared tratando de aclarar mis ideas y tranquilizarme, pero sin conseguirlo.

El agente Grace entró al poco rato y, agarrándome de la mano, me levantó del suelo con una facilidad increíble.

—¿Ya está empezando a sentirse por aquí como si estuviera en casa? —me preguntó.

Había algo raro en su voz: ¿era compasión? A decir verdad, para ser alguien completamente inocente me había pasado más tiempo con el FBI que Jeffrey Dahmer, el famoso asesino en serie. O eso me parecía a mí en mi pequeño delirio de grandeza. Le sonreí fugazmente apretando los labios y luego me quedé mirando fijamente el sobre de veinte por veinticinco que llevaba en la mano. Nos sentamos a la mesa el uno frente del otro; él a horcadas con la silla dada la vuelta. Sin decir una sola palabra sacó

tres fotos —del mismo tamaño que el sobre— que colocó delante de mí sobre la mesa.

La primera era una foto mía delante de Notre-Dame en París: estaba comiéndome una crepe de plátano con crema de chocolate y mirando hacia la catedral; llevaba puesto mi abrigo de cuero y una boina que me había comprado en la calle simplemente para hacer el tonto, y tenía un churrete de chocolate cayéndome por la barbilla. Jake era quien me había hecho la foto y creo que a cualquiera que pasara por allí le habría parecido una tonta feliz; pero no era el caso. Recuerdo haberme despertado esa mañana junto a Jake en la habitación de nuestro lujoso hotel con la luz amarilla del sol colándose por la ventana; lo miré mientras dormía y pensé: *Llevo un año con este hombre y tengo la impresión de que lo conozco menos ahora que cuando me enamoré de él, cuando había tantos secretos y mentiras entre nosotros. ¿Cómo es posible conocer cada vez menos a alguien a medida que pasas más tiempo con esa persona?* Aquel pensamiento me había llenado de tristeza. Él se había despertado mientras yo todavía lo contemplaba y habíamos hecho algo así como hacer el amor de manera lenta y desesperada, los dos buscando una tabla de salvación, la conexión que habíamos compartido en otro tiempo. Llevé conmigo la tristeza que sentí entonces durante todo el día.

En la siguiente foto estábamos Jake y yo en el Great Lawn de Central Park. El césped era de un verde brillante y artificial, y el pedazo de cielo que teníamos detrás se alzaba por encima de las copas elevadas de los árboles teñidos con los rojos, dorados y naranjas propios de la estación. Le habíamos pedido a una joven que paseaba por allí que nos hiciera una foto sentados muy juntos sobre la manta de picnic azul. Sólo nos sacó las cabezas y el resto de la foto era árboles y cielo y no tenía particular interés. Ese día lo habíamos pasado bien, pero me di cuenta de que nuestras sonrisas parecían falsas y forzadas en la foto aunque no lo eran. Por lo menos la mía no: recuerdo que había sentido que aún quedaba esperanza para nosotros, igual que cuando un paciente terminal cree que un breve receso de los síntomas anuncia una recuperación milagrosa.